

EXPLOTACIÓN, NEGOCIO Y CORRUPCIÓN: EL ETERNO CONCUBINATO

En los últimos tiempos asistimos a las habituales charlatanerías inacabables acerca de la corrupción política, con las que se nos obsequia habitualmente a la masa de los trabajadores para echarnos humo a los ojos y cegarnos sobre las auténticas causas de nuestras cada vez más atroces condiciones de vida. Las peleas entre las diferentes bandas y facciones de la burguesía española que, con modales tabernarios impropios de chicos que se han educado en los mejores colegios, consisten en tirarse los trastos a la cabeza con los casi innumerables casos de corrupción que un día sí y otro también salen a la luz. Eso sí: los mismos que están implicados hasta el cuello en tamaña putrefacción o aspiran a sustituirles proclaman de viva voz que van a acabar de una vez por todas con la mangancia, por medio de la firma a bombo y platillo de solemnísimos pactos anticorrupción, que purificarán el capitalismo ibérico y lo llevarán por la buena senda de la honradez y la virtud, cumpliéndose así los sueños del pequeño burgués papanatas que siempre suspiró por un gobierno decente y barato que le asistiera materialmente en las adversidades de sus negocios pequeños, mezquinos y amenazados de ruina y que asiste desesperado al enorme festín de las fabulosas ganancias del capitalismo. Anhelos patéticos que la mecánica del capitalismo siempre ha desmentido, desmiente y desmentirá. La conclusión de esta avalancha de granujadas y golferías para cualquiera que tenga dos dedos de frente es que la corrupción lejos de ser una anomalía protagonizada por unos pocos individuos degenerados, es algo tan extendido que se entiende como una característica consustancial e inherente, es el lubricante que engrasa las piezas de un sistema que nació y se desarrolla sobre el robo de clase, la explotación de la masa de millones de trabajadores, y donde existe explotación y parasitismo por fuerza debe de existir la corrupción, entendiendo como tal el reparto de la ganancia arrancado a la clase obrera.

Basta un ejercicio de auténtica memoria histórica para entender que la avalancha de chanchullos que tanto asombran no son ni mucho menos una novedad, sino prácticas antiquísimas que la burguesía española, que posee memoria de elefante, ha mamado y transmitido de padres a hijos. El capitalismo español, pese a lo que puedan proclamar los estalinistas y sus secuaces, eternos aspirantes a acabar la revolución burguesa que elimine los fantasmagóricos residuos feudales que sólo existen en su interesada imaginación, posee una gloriosa ejecutoria de siglos, es un virtuoso en la

práctica de todo tipo de trapacerías: especulaciones inmobiliarias –vulgo: pelotazos-, estafas en todo tipo de inversiones privadas y públicas, saqueo del presupuesto estatal, desplumar a los ahorradores y rentistas de la pequeña burguesía, etc. Bastarán unos pocos ejemplos para entenderlo.

Podemos empezar por los tiempos del glorioso Imperio en el que no se ponía el sol.... entre otras muchas cosas de la golfería. En 1601 el todopoderoso ministro Duque de Lerma, valido del abúlico pelee Felipe III, decidió repentinamente cambiar la capitalidad del estado desde Madrid a la ciudad de Valladolid. En los años previos el duque y su camarilla se habían dedicado a comprar a precios irrisorios terrenos e inmuebles en la ciudad castellana que automáticamente multiplicaron su precio proporcionando fabulosas ganancias a sus dueños. Por el contrario los precios en Madrid, lógicamente cayeron en picado desde unos niveles que habían llegado a ser astronómicos. Y aquí viene la segunda parte de la jugada; con los precios por los suelos el duque y sus secuaces compraron todo lo que se les antojó, de tal modo que cuando volvieron a trasladar la corte a Madrid repitieron el fabuloso negocio regado además con un sustancial soborno de los comerciantes madrileños. Es decir, el señor duque, lejos de ser un clásico noble feudal cazarro, se reveló como un magistral especulador con un pelotazo urbanístico modélico que haría palidecer de envidia a los protagonistas de las actuales tramas Gurtel, Púnica, etc. Nuestra burguesía actual no tiene necesidad de inventar nada, sólo rebuscar en los recuerdos de su "memoria histórica". Para los que puedan pensar que los protagonistas de esta historia fueron castigados como la honra y la virtud exige, es menester decirles que cuando el Duque de Lerma vio amenazada su posición por otros ladrones al acecho, se "aforó" convirtiéndose en cardenal de la Santa Madre Iglesia, muy misericordiosa con cierto tipo de pecados y pecadores, ya que al fin y al cabo ella no es la última en practicarlos, lo que dio lugar al dicho "para no morir ahorcado el mayor ladrón de España se vistió de colorado", chascarrillo que como todos no es sino el desahogo de la más pura impotencia.

Dando un salto en el tiempo podemos hablar citar los chanchullos del siglo XIX, por cierto, ya en pleno régimen liberal-cuasidemocrático. Por ejemplo, lo que ocurrió con la desamortización eclesiástica y civil, por la cual la burguesía se apropió de tierras e inmuebles propiedad hasta entonces de la Iglesia y los municipios.

Para adquirir semejante masa de riqueza, la burguesía desde el poder impuso la posibilidad de pagar con deuda estatal depreciada por su valor nominal, que era muy superior al del mercado donde debido a la ruina y quiebra del estado nadie la quería. Por supuesto en los tiempos previos a la desamortización los burgueses más avisados, al tanto de la trampa, se dedicaron a comprar deuda por precios irrisorios. Es decir, nuestra burguesía ya puso en práctica el noble arte de los "papeles pintados" con la que en el siglo pasado compró casi regaladas todo tipo de empresas privatizadas en Argentina, por ejemplo.

La lista es casi infinita. La construcción de los ferrocarriles a partir de 1854 se hizo con un generosísimo sistema de bonificaciones, subvenciones y exenciones fiscales a la importación de material ferroviario, lo que suponía que las empresas no tenían que invertir prácticamente nada, buen antecedente entre otros muchos de los actuales capitalistas sin capital que se dedican a la virtuosa gestión de servicios estatales privatizados con el consiguiente saqueo del presupuesto. Cuando los ferrocarriles demostraron ser un mal negocio la generosa ubre estatal siguió amamantando a las empresas ferroviarias. Por supuesto, para ello hubo de untarse a todo bicho viviente: la reina madre María Cristina y su señor esposo siempre presentes en todos los negocios suculentos, a la reina -en este caso con la propina de un maromo en el lecho real- y su camarilla, a los espadones de los pronunciamientos, etc. En los negocios cubanos, manchados con la sangre y sudores de los esclavos, florecieron todo tipo de avisados sinvergüenzas. Por ejemplo, el Marqués de Comillas, ilustre inquilino del callejero madrileño, muy piadoso fundador de los amarillos sindicatos católicos, consiguió para su naviera, "la Transatlántica", con sede en Barcelona, el monopolio del traslado de soldados y suministros para el ejército español de Cuba, en unas condiciones atroces para los reclutas hacinados como ganado en barcos infectos y alimentados con conservas caducadas y víveres podridos con los consiguientes estragos del botulismo. El señor marqués, por tanto, mató con su rapacidad a más soldados que los

insurgentes cubanos. Tampoco era muy grave el asunto desde la óptica del código ético del buen burgués: al fin y al cabo, los soldados no eran sino la carne de cañón del proletariado español que no podía pagar la redención en metálico para librarse del servicio militar. Mira por dónde, la burguesía española tan avispada ella, encontró un succulento negocio al amparo de este turbio asunto: se crearon fondos de inversión para que la pequeña burguesía invirtiera en ellos y conseguir con el paso de los años una cantidad que evitara que sus vástagos fueran al servicio militar. Huelga decir que muchos de ellos acabaron quebrando, evaporándose las aportaciones que durante años habían hecho las familias. Para no aburrir al lector podríamos hablar de las quiebras de las cajas de ahorros y bancos que se llevaron por delante los ahorros de los pobres ilusos que creen a pies juntillas en la multiplicación de los panes y los peces en el reino evangélico del Capital, de los pequeños burgueses poseedores de deuda estatal estafados una y otra vez por un estado en perpetua bancarrota, entre otras cosas por el fraude fiscal de los grandes propietarios capitalistas que no pagaban – como ahora- nada. Para resumir, no hay estafa, timo, robo o atraco, que el capitalismo español no haya practicado durante siglos.

A los que creen en el cretinismo parlamentario y en la beatería de la democracia como remedio mágico de semejante estercolero, hay que decirles que la democracia y el estado burgués sólo pueden ser los fieles servidores de un capitalismo que ya no tiene ningún rasgo progresivo, sólo conservan con los medios más negreros y terroristas el modo de producción mercantil capitalista. El ensordecedor griterío que reclama decencia y virtud – en este gigantesco burdelno es sino la cortina de humo que oculta el feroz reparto de la ganancia que se arranca a la clase trabajadora. El capitalismo es esto y no puede ser otra cosa. Hace más de un siglo Marx ya diseccionó la esencia del capital en el párrafo que reproducimos a continuación.

"El capital (dice el Quaterly rewiever) huye de los tumultos y de las riñas y es tímido por naturaleza. Esto es verdad, pero no toda la verdad. El capital tiene horror a la ausencia de ganancia o a la ganancia demasiado pequeña, como la naturaleza tiene horror al vacío. Conforme aumenta la ganancia el capital se envalentona. Asegúresele un 10% y acudirá donde sea; un 20 por cien y se sentirá ya animado; con un 50% positivamente temerario; al 100% es capaz de saltar por encima de todas las leyes humanas; al 300%, y no hay crimen a que no se arriesgue, aunque arrostre el patíbulo. Si el tumulto y las riñas suponen ganancia, allí estará el capital encizañándolas. Pruebas: el contrabando y la trata de esclavos" (P. J. Dunning, Trade Unions) - Citado en "El Capital". Capítulo 24 "La acumulación originaria". Tomo I